

padre de la Malintzin cuidadoso de darla una educacion brillante y cual correspondia á la nobleza de su linage, la colocó acaso en uno de estos establecimientos particulares, llevándosela, al fallecimiento de su padre, á Coatzacoalco, la madre y padrastro.

Sea pues lo que se quiera, la Malintzin, luego despues de haber sido fingida su muerte fué dada á unos indios mercaderes de Xicalanco á donde la llevaron estos, regalándola despues al Cacique de Tabasco, quien la dió, como hemos dicho, á Cortés.

Los escritores extrangeros, continuando en su propósito de denigrarnos, dicen que al llegar á México la expedicion se sorprendieron los indios á la vista de doña Marina y la juzgaron una divinidad que guiaba á los conquistadores, á los cuales, aseguran los mismos, que llamaban hijos del Sol. La razon que como motivo de esta sorpresa se alega, es que no se veía otra muger que los acompañara, y que entre los mismos indios no se le hallaba semejante en dotes. Las propias personas que esto escriben aseguran poco ántes, que les fueron dadas á los conquistadores en Tabasco ademas de la Malintzin diez y nueve hermosas doncellas, en Veracruz recibieron de Moctezuma por medio de sus embajadores algunas mugeres enviadas á Cortés con el único, esclusivo objeto de que les sirviesen en trabajar el pan de maiz, en prepararles otros alimentos y prestarles los demas oficios domésticos y familiares; en Tlaxcallan finalmente, como en pruebas de amistad, les fueron dadas las hijas de los principales señores de la República, entre otras doña Luisa Techquialvatzin hija de Xicotencatl el viejo que presentó á Alvarado para muger propia. Así es que los españoles á su arrivo á México llevaban sin duda consigo, mas de una muger; pero aun suponiendo que solo fuesen acompañados de la Malintzin, no era posible que ignoraran los mexicanos su origen y la causa de su permanencia entre los mismos españoles cuando se habian hallado con estos diversos embajadores del soberano, y por otro lado las relaciones de los soldados indígenas que de diversas partes se habian agregado á Cortés, eran muy suficientes para informar á los moradores de Tenochtitlan.

No podrá sostenerse jamas sin contradiccion que á los mexicanos sorprendiera la Malintzin por sus cualidades, porque no es posible que el país que produjera una muger dotada de talento y hermosura, no tuviera en su seno otras si no iguales, semejantes al ménos, puesto que la naturaleza no habia de limitarse es-

clusivamente á una sola persona; de lo contrario, que nos muestren la razon nuestros *pane-giristas* que así se esmeran en *prodigarnos elogios*.

Regalada pues la Malintzin á Cortés, y por este á Alonso Fernandez de Portocarrero, por ser como dice un autor, "de buen parecer, y atrevida é desenvuelta" esto es, hermosa y de genio franco, sabiendo, como sabia, los idiomas Mexicano y Maya, ella y Gerónimo de Aguilar, quien con ocasion de haber estado cautivo en Tabasco habia aprendido algo el idioma Maya, eran los medios de comunicacion entre los mexicanos y los españoles, aunque no ha faltado quien asegure de nuestros *caros escritores* de que acabo poco hace de hablar, que la Malintzin olvidara su idioma nativo; pero mal se combina esto, con que sirviera de intérprete á los que hablaban sin que ella los entendiera, y por otra parte ya no pudo sorprender á los mexicanos porque hablaba su mismo lenguaje.

Los principales sucesos de su vida despues de haber sido bautizada (respecto de lo cual se ha escrito muy poco, pues solo se menciona que al dia siguiente de regalada á Cortés, es decir, el domingo veinte de marzo de mil quinientos diez y nueve, sin espresar si fué ó no catequizada, luego que oyeron misa los españoles, predicándoles á ella y á sus compañeras Fray Bartolomé de Olmedo, religioso mercedario, que se hacia entender por medio de Gerónimo de Aguilar, les administró en seguida el bautismo) están de tal manera enlazados con los de la conquista, que no puede hablarse de aquellos pasando en silencio estos. Sin embargo, presentaré únicamente los mas notables.

Se refiere que hallándose Cortés en Cholulaya en relaciones amistosas con los moradores del lugar, adonde entró á consecuencia de diversas ofertas y continuas instancias que ellos mismos le hicieron, y despues tambien de haberles protestado que no llevaria en su compañía á los Tlaxcaltecas, á quienes conservaban un odio implacable é inveterado, trataron los mismos choluleses con los mexicanos de armar una emboscada para deshacerse de enemigos tan poderosos; pues que el rey de México despues de suplicarles, ya por escritos, ya por legados, que se retirasen, y dándoles al efecto opulentos regalos, como viera que no lo conseguia y se hallara ademas temeroso de que entraran á su corte, á la cual se aproximaban demasiado, envió unos comisionados á Cholula con el fin de perderlos. De ninguna manera encomiaré esta accion depravada, singularmente de parte de los de Cholula, la cual repug-

na al mismo derecho natural, siendo un arbitrio inicuo del que no debe echarse mano, sea cual fuere la causa que lo motive; mas fué sin duda favorable á Doña Marina que encontró una ocasion para acreditar su fidelidad. Luego que, por una señora principal, que parecia era la misma muger del cacique, tuvo noticia de la ocurrencia, á fin de que se salvara huyendo el peligro, sin despreciar el anuncio, comunicó inmediatamente la traicion á Cortés, quien activo en sus medidas burló los intentos de sus enemigos y castigó á los caudillos.

Ademas de la condicion natural de Doña Marina, el amor que tuvo á Cortés parece que influyó mucho en la prosperidad de este en todos los sucesos de la conquista. Deseoso de conservarse su afecto Cortés, siempre procuró portarse grande y generoso en su presencia; por eso fué que apenas se hubo separado de ella, y diera muerte infame y cruel á los soberanos de México, Acolhuacan y Tlacopan, á pesar de las súplicas de sus capitanes, que no pudieron menos de llorar á la vista del suplicio y sumision de los reos. No tuvieron mas culpa los infelices Monarcas, que haberse lamentado de su desventura: un indio infame, bajo, adulador, que bien merecia la pena que aquellos sufrirían, no satisfecho con referir á Cortés lo que les oyera, agregó calumniosamente que trataban de quitarle la vida, tramando al efecto una conspiracion que estallaria si no los castigaba de un modo ejemplar. Cortés, cansado ya sin duda, de llevar consigo aquellos reos, dispuso al momento que fuesen ahorcados en un árbol, por mas que intentaron persuadirle de su inocencia. Instruidos los miseros soberanos en los dogmas de la religion del Crucificado, miembros de la comunión católica, hicieron las disposiciones espirituales propias de un hijo de la Iglesia de Cristo, y murieron con la muerte de los mártires, eterneciendo con sus actos piadosos y con la humilde resignacion peculiar de un cristiano, á los mismos soldados y á los sacerdotes españoles que los auxiliaron, y cuyo llanto fué desoido de Cortés. La sangre de estas tres inocentes victimas ha corroido las páginas de oro, que las hazañas del conquistador le hubieran merecido. Así pues, léjos de la Malintzin, Cortés manchó siempre con actos pérfidos su nombre; estando ante ella, su conducta puede decirse, que fué irreprochable. A esto parece debe atribuirse que, despues de la toma de México, se opusiese á obsequiar los inicuos intentos de sus avaros compañeros de armas, cuando trataron de atormentar á los mismos soberanos de México, Acolhuacan y Tlacopan, pa-

ra hacer que declarasen en qué parte habian escondido el tesoro, que regalado por Moctezuma á los mismos españoles, estos, en su precipitada fuga no habian podido sacar del palacio de Axayacatl que les sirviera de habitacion durante su residencia en Tenochtitlan. Doña Marina fué tambien quizá causa de la indignacion del mismo Cortés, luego que supo la crueldad del bárbaro tormento que al fin se hizo sufrir á aquellos monarcas.

Cooperó tan poderosamente á la conquista la Malintzin, que sin ella acaso no se habria logrado, ó hubieran tenido mayores obstáculos que vencer: "fué" dice Bernal Diaz del Castillo, "gran principio para nuestra conquista, y así se nos hacian las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente." Suavizaba ella, por una parte, el carácter español, y les atraia por otra aliados, haciéndolos parecer grandes: é Doña Marina, son palabras del mismo autor refiriendo la separacion de Cortés del lado de Moctezuma para ir á atacar á Narvaez, "como era muy avisada, se lo decia de arte que ponía tristeza en nuestra partida..." los hacia admirar de sus enemigos; animaba en los combates á los que peleaban con ellos; así en Tlaxcallan desanimado Juich Cempoalteca y medroso, huía ya temiendo por el éxito de la campaña; mas ella le reanimó pronosticándole la victoria que en efecto se alcanzó y la tributaba él despues grandes elogios; y no solo él, los mismos españoles, y al efecto oigamos uno que dice: "y digamos como Doña Marina con ser muger de tierra que esfuerzo tan varonil tenia, que con oír cada dia que nos habian de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamas vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de muger:" descubria los planes que se formaban para destruirlos como en Cholula, de cuyo hecho he hablado ya: suavizaba las palabras ásperas de los mismos españoles que proferian ante personas temibles por su poder, ó que por su gerarquía debian ser acatadas, como en México cuando se trató de reducir á Moctezuma á prision, supo dulcificarle las voces depresivas y denigrantes á la autoridad real con que se espesaron los osados capitanes de Cortés: ella, en fin, era conducida por el amor, cuyo idioma es uno mismo entre todos los hombres.

Fué su afecto á Cortés tan estremado, que hallándose en su viaje á Honduras el año de mil quinientos veinticuatro, en Tabasco, adonde por llamamiento del mismo Cortés hecho á los indios de las cercanías, se presentaron su madre

y hermano entre otros, (su padrastro había ya muerto en esta época) sobrecojidos de temor luego que la conocieron, ella les dijo: "que Dios le había hecho mucha merced en quitarle de adorador ídolos agora, y cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Xaramillo, que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva-España, no lo sería, que en mas tenía servir á su marido é á Cortés que cuanto en el mundo hay: y esto," continúa Castillo autor de esta relación, "se lo oí muy certificadamente, y se lo juro, amen."

Podría echarse en cara á mi heroína que hiciera mérito de sus amorios con Cortés, en desprecio de una religion pura y santa en el mismo momento que blasonaba de haberla abrazado, y mas se la culpaba atendiendo á que aun en el culto mexicano estaba condenado el adulterio; pero debe, antes de ser juzgada, considerarse en las circunstancias de la época, y tambien ha de fijarse la atención en sus propias expresiones que de ninguna manera la presentan criminal. En ese tiempo, los mismos conquistadores que propagaban la religion evangélica, no tenían escrúpulo el mas mínimo en hacer uso de las mugeres indigenas sin unirse á ellas en matrimonio; ni podria esperarse otra cosa de la soldadesca, gente, por lo comun, sin principios morales ni políticos, que no tiene mas leyes que la ordenanza, que solo reputa crimen la violacion de esta, principalmente en casos como el de los conquistadores, en que los gefes tienen que tolerarle las mayores faltas por mantenerla grata; y sin salir de la historia de la conquista, ella nos suministra una prueba evidente de esto en la sangrienta carnicería hecha por orden de Alvarado: accion imprudente á la vez que impolítica, que pudo haber costado caro á su autor, á no llegar tan á tiempo Cortés, quien ni la mas leve reprehension hizo á Alvarado temeroso de perderle. Respecto de tomar á las Indias, tenemos como ejemplo al mismo Alvarado, al que como hemos dicho le fué dada la hija de Xicotencatl que por ser hermosa y de bellas prendas, no reusó admitir, y en la que despues de bautizada con el nombre de Luisa, tuvo algunos hijos: otro tanto sucedió con los demas capitanes y soldados, y el mismo Bernal que dice: "y era tan bueno (Moctezuma) que á todos nos daba joyas, á otros mantas é indias hermosas. Y como en aquel tiempo era yo mancebo, y siempre que estaba en su guarda ó posada delante de él, con grande acató, le quitaba mi bonete de armas, y aun le había dicho el page Orteguilla que vi-

ne dos veces á descubrir esta Nueva-España primero que Cortés, é yo le había hablado al Orteguilla que le queria demandar á Moctezuma que me hiciese merced de una india hermosa: y como lo supo el Moctezuma me mandó llamar, y me dijo: Bernal Diaz del Castillo, hanme dicho que teneis motolinea de oro, y ropa, yo os mandaré dar hoy una buena moza, tratada muy bien, que es hija de hombre principal..." "y entonces" continúa mas adelante, "alcanzamos á saber que las muchas mugeres que tenía por amigas casaba dellas con sus capitanes ó personas principales muy privados, y aun de ellas dió á nuestros soldados, y la que me dió á mí era una señora de ellas, y bien se pareció en ella, (esto es, tuvo buen gusto en ella) que se dijo Doña Francisca." Y teniendo los indios á la vista tales ejemplos de sus propios maestros, no podian exigirles mejor conducta; cuando para acometer cualquier empresa los españoles invocaban el auxilio del Cielo, celebrando el sacrificio incruento de la victima sin mancha, y no se retraian, sin embargo, de la liviandad, sus discipulos no debian mirár esta como delito.

Por otra parte, la conducta de Doña Marina no era contraria á sus leyes y costumbres patrias. Observábase por estas, entre los pueblos Aztecas, que luego que un jóven se hallaba en edad nubil, podia, queriendo, tomar muger sin desposarse con ella, en cuyo caso no estaba obligado á obtener el consentimiento paterno; pero inmediatamente que tenía un hijo en ella, los padres de esta le requerian para que la hiciese su muger legítima, ó bien la volviese á su familia, á fin de darla un marido honrado: si se decidia por el primer extremo se efectuaba el matrimonio, que no tenía otra solemnidad legal que el consentimiento mútuo; mas en caso contrario, los padres de la jóven se la llevaban á su casa sin poderse unir á otro, sino prévia la aprobacion paterna, y precisamente en matrimonio: otro tanto sucedia respecto del varon queriendo tomar otra muger. Estas eran las disposiciones legales de los pueblos antiguos del nuevo continente, en los que por las costumbres era licito el concubinato. Estas mismas disposiciones eran tan fuertes en lo relativo al adulterio, que á pesar de lo mucho que se economizaba la pena de muerte, tenía lugar en este delito, aplicándose, como siempre que debia hacerse por consejo supremo, erigido en tribunal y presidido por el rey. No eran, por otra parte, mas puras en este particular las costumbres europeas cuando prohibiéndose á los eclesiásticos el ma-

trimonio á fin de que no se distrageran del ministerio divino, con los negocios familiares, se decia que les estaba permitido el concubinato que toleraron las mismas leyes hasta el Concilio de Trento, que celebrado por los años de quinientos cuarenta y nueve y cincuenta, es decir, veintinueve ó treinta despues de la conquista, cortó de raíz este abuso, y los que se cometian á cada paso por la clandestinidad del matrimonio. Además, Doña Marina hacia alarde de tener un hijo de Cortés, pero lo tuvo antes de haberse ella casado. Lo único que podria deducirse de las espresiones de Doña Marina es, que no recibió México la religion en toda su puerza y candor, lo que serviria para reprender á los conquistadores que la transmitieron acompañada de la corrupcion europea.

Era tan íntima la union de Cortés y Doña Marina, que de los mismos indios era conocida, y tanto, que le daban el nombre de Malintche, (Malintzin,) asegura Castillo, al dirigirle la palabra, lo que equivalia á llamarle capitán de Malintzin. De este modo se espresó Xicotencatl cuando en nombre de la república de Tlaxcallan aceptaba la paz que aquel le ofreciera, y le presentaba el don de trescientas mugeres que el conquistador rehusó, pretestando que su religion le impedia tener mas de una, siendo ya casado en España con una señora principal; sin embargo, por no ofenderlos, pudiendo parecer que los desairaba, recibió algunas que le instaron tomara para el servicio de la Malintzin, y además otras que repartió á sus soldados. Los embajadores de Moctezuma, en las diversas embajadas que de este monarca recibió Cortés, le dieron un trato semejante al de Xicotencatl, es decir, le llamaron de la misma manera que este respetable y distinguido senador, y no de otro modo lo hizo el mismo emperador en todo el tiempo que se comunicaron, que fué hasta su muerte.

No abandonó á Cortés la Malintzin ni en las circunstancias mas azarosas. Cuando en el tumulto de los mexicanos quiso que se asomara Moctezuma, á fin de que con su presencia y perorándoles se contuvieran, por obsequiar sus deseos la Malintzin, apareció con intrepidez y sinceridad delante del peligro, que fué tal, que el mismo Monarca resultó de allí lastimado, y tan gravemente, que á consecuencia de la herida, aunque no como única causa, espiró á muy pocos dias. En el ataque que dieron dentro de la capital los mexicanos á los españoles: en la precipitada fuga de estos de Tenochtitlan, despues del fallecimiento del in-

feliz soberano: en el prolongado sitio de esta misma ciudad, siempre se encontró á Doña Marina cerca de Cortés, hasta concluida la conquista. La única vez que pudo haberla dejado, así lo exigian las circunstancias, fué cuando tuvo que marchar á combatir á Narvaez; mas aun en esta ocasion, á pesar de que como dicen los historiadores, procuró ir á la ligera sin llevar consigo á las mugeres, no se separó por esto de su Marina, como que ella le comunicaba movimiento en todas sus empresas; así que, le acompañó en esta, quedándose á poca distancia con el bagage en Cempollan.

Grande fué su gozo cuando despues de haber salido de México huyendo de la persecucion, y aun antes de haberse restablecido de la fuga, descubrió que había logrado escapar salva Marina. No fué ménos el placer que experimentaron los soldados españoles, como lo manifiesta un testigo ocular que representaba en la misma escena. „Olvidado me he," dice, „de escribir el contento que recibimos de ver viva á nuestra Doña Luisa, hija de Xicotencatl, y nuestra Doña Marina, que las escaparon en las puentes unos de Tlaxcallan, que eran hermanos de Doña Luisa, que salieron de los primeros, y quedaron muertas todas las demas Navorias que nos habían dado en Tlaxcallan y en México, allí quedaron en las puentes con las demas."

Ni fué menor el regocijo que causó á los mismos indios, pues de los Tlaxcaltecas, „¡qué fiesta," dice el mismo autor, „y alegría mostraron con Doña Marina y Doña Luisa, cuando las vieron en salvamento!"

Concluida la conquista, Cortés casó á Doña Marina con Juan Xaramillo á quien tocó, en la distribucion que se hizo de terrenos, una parte de Xilotepec. Si Xaramillo no fué uno de los capitanes que mas se distinguieron porque se ha escrito de él muy poco, no fué por cierto de los que ménos parte tomaron en las empresas de Cortés, se halló con este en sus principales escursiones, y le acompañó en los pasos mas arriesgados. Cuando tuvo que combatir á Pánfilo de Narvaez, Xaramillo llevaba el tercero ó cuarto lugar entre los gefes de la vanguardia; en colocacion semejante se encontró en la armada dispuesta para el sitio de México; en el viage á Honduras de Cortés, de que llevo hecha mencion, fué en su compañía, y así en otros encuentros y ataques del célebre capitán. El trato frecuente que la circunstancia de acompañar á Cortés proporcionaba á Xaramillo y Doña Marina, engendró en ellos el amor que dió por último resultado su matrimonio.

Acaso Cortés se habría unido á ella con este vínculo, si no lo estuviera de antemano á otra. Parece que con ocasion de haber terminado lo mas resgoso de la conquista, Cortés se vió obligado á hacer venir á Nueva España de la Habana, á su esposa, y por consecuencia, á suspender el trato ilícito que hasta entónces habia tenido con Doña Marina; de otra suerte quizá no se habría ella casado.

Durante sus relaciones con Cortés y á virtud de ellas tuvo un hijo que se llamó Martín, conservando el apellido de su padre. El rey de España le consideró mucho, y le condecoró con títulos y distinciones honoríficas. De él descienden los duques de Terranova y Monteleone, marqueses del Valle de Oajaca. En la capital y en gran porcion de la Nueva España poseia cuantiosas riquezas, y su casa fué una de las mas poderosas del reino; hoy existe radicada en Italia, y á juzgar por el nombre de familia, nadie reconocerá que habia tenido por raiz un Cortés, simbolo de la union de México y España.

Génios turbulentos y maléficos persiguieron á Don Martín algunos años despues de la conquista, por sospechas de conspiracion; de esta manera correspondian las autoridades del virreinato, á los trabajos de Cortés y de Doña Marina, que aumentarán considerablemente el brillo y estimacion de la corona de Castilla, y que les proporcionaran á ellas mismas un territorio inmenso donde estender su poder. Don Martín, pasado algun tiempo despues de esta ocurrencia en la que sufrió mucho, falleció, no sin dejar ántes sucesion.

El último viage en que parece acompañó Doña Marina á Cortés, que fué el que hizo á Hon-

duras, estaba ya casada y sus relaciones con el conquistador habian cambiado de aspecto. Unido este á su muger Doña Juana Suarez, miraba á aquella con afecion, es cierto, pero solo la conservaba su aprecio y un amor puro y sincero. En este viage se dejaron ver en Doña Marina una generosidad y nobleza de espíritu inimitables; no conservaba animosidad contra sus parientes por haberla despojado de sus intereses, y privado de su señorío y del goce de su libertad; se contentó solo, al verlos, con una ligera reprension de que ya hablé en otra parte, y pidió además que se les conservase en la posesion de sus dominios.

Pasó Doña Marina con su esposo á la Peninsula, en cuya corte fué tratada como una señora de distincion. Se halló colmada por el soberano, de honores en justa retribucion de sus importantes y señalados servicios. No se sabe á punto fijo el año en que dejó de existir, solo sí, que acaeció en España despues de haber brillado como una de las primeras damas de la corte. De su matrimonio, en el que siempre mantuvo una amistad constante y firme hácia su esposo, dejó algunos hijos á quienes pasó sus títulos, y que fueron el principio de las primeras casas de la Nueva España, si se exceptúan las de los marqueses del Valle, la de los condes de Moctezuma, descendientes del segundo monarca de este nombre, y las de los señores de Ixtlilxochill, últimos vástagos de la dinastía real de Acolhuacan. Aun hoy existen algunos restos de estas familias, y el nombre de Doña Marina se conservará indeleble, mientras no se borren del libro de los fastos del mundo los hechos de la conquista de la mejor porcion del nuevo hemisferio.—CARLOS M. SAAVEDRA.

EL CUENTO DE LA VIEJA.

I.

QUIERO volver el pensamiento á los recuerdos de mi niñez, á aquel rincón del norte de España, que separado de las demas provincias del reino por la gigantesca sierra que se desata del Pirineo, y del resto de la Europa por las revueltas olas del Golfo de Cantabria, ha representado tan principal papel en el sangriento drama de la pasada contienda. Aquella tierra montañosa, donde las brisas de occidente discurren armoniosas en la florida primavera y el delicioso estío, donde los vientos helados

del Norte amontonan en el invierno, los funebres crespones de las cenicientas nieblas sobre las nieves blanquísimas de las escarpadas cimas; aquella region á veces sombría y taciturna, no tiene la menor analogía con la eterna primavera de las risueñas Andalucías: en ella no resuenan las auras cargadas de perfumes orientales, ni las blandas canciones, ni las moriscas trovas de enamorados galanes; aquellas cuevas de sus montes salvages, aquellas cavas grutas de sus costas en donde el mar pe-

netra con sordo rumor, parecen mas bien destinadas á repetir los ecos robustos del harpa de Osian, los cánticos guerreros de los bardos de Morvén. ¿En donde está el inspirado vate que sobre el atrevido promontorio, que rompe con brazo de roca las espumosas ondas de la mar, cante, Homero de la edad media, las inclitas proezas de los indómitos cántabros? Aguardad á que el poder de los siglos venideros, le engendre en el fecundo seno de aquella naturaleza prodigiosa.

Era una noche fria del invierno del año de 182.... Asomado á una estrecha ventana de mi hogar, en la aldea de L...., niño de pocos años, paseaba mi imaginacion infantil por los apacibles vergeles de un mundo ideal, inocente y tranquilo como entónces mi espíritu, y melancólico como ahora mi corazón. Mis ojos recorrian distraidos la llanura cubierta de nieve: mis oídos escuchaban á lo léjos el son del mar que se estrellaba en la distante playa; y mis manos y mi rostro se entumecían al frio contacto del viento helado que pasaba, ó del copo de nieve que caía. A mi espalda y al rededor del chispeante fuego de la apetecible cocina, habia sentados á mas de los de una parte de mi familia, como hasta doce personajes, vecinos y vecinas de la aldea. Preciso fué para apartarme de aquella ventana, desde donde tan atento veía á los esqueletos de los árboles negrear entre la blancura del llano y del montecillo, que se hablase de repartir las sabrosas castañas que acababan de asarse al rescoldo de la lumbre. Cerré, pues, el postigo, y miré con indiferencia el cuadro que delante de mis ojos tenia. Allá jugaban al *truquiflor* algunos ancianos, cuya fisonomía patriarcal acertaba á veces á mover el módico interés que se cruzaba en el juego: mas inmediatas á la llama, hilaban su copo algunas rugosas y encanecidas viejas, gastando en esta operacion la poca saliva que les dejaba la continua conversacion sobre los milagros que obraban las mas famosas imágenes de las vecinas hermitas: tal cual de ellas deslizaba entre sus trémulos dedos las gruesas cuentas de un rosario de 15 *díezes*, que rezaba entre dientes: mas distantes, algunas personas mozas departían sencillamente acerca de la campestres diversiones del pasado domingo ó de la última romería; y si entre ellas cruzaban algunas dulces miradas de inteligencia, de cariño ó de enojo amoroso, no las percibían mis ojos, porque ignoraba mi corazón la existencia de ese sentimiento, que emana inmediatamente de uno de los dos grandes instintos, de las dos grandes leyes de los seres animados:

por último, al frente de la lumbre, y en lugar privilegiado, habia sentadas dos personas; una anciana respetable, baldada y taciturna, en cuyas rodillas se apoyaba la rizada cabeza de un niño.... Eramos mi abuela y yo!

—Vamos, tía Ursula, un cuento de los buenos, para que despues cada mochuelo busque su agujero; porque la noche anda sin mirar atras; exclamó Juancho, el arrendador del molino.

—Sí por cierto, que el otro día (por señas de que el señor cura párroco me hizo empréstito de un libro para que leyera mi nieto Colás) llegó á mis nuevas la muy vieja de una historia de lo lindo, que pasó en parte en este mismo pueblo allá en tiempos de antaño, no sé cuando; pero ya no habia moros en España, aunque sí quedaban brujas, judíos y gitanos. Ampárenos Dios! mas como me dé á entender mi poca cencia, contarle hé con permiso de la señora, para divertir al chico.—

Cesó el juego de los ancianos, recojiéronse los rosarios, enmudecieron los mozos, atendimos todos, y la tía Ursula alzando del suelo el badil, con lo que hizo levantarse soñoliento al gato que junto á él dormía, y animando con senda rúbrica sobre la lumbre, el calor de la hoguera, dió principio á su cuento, que parecia ser contemporáneo de Felipe V, y que voy á narrar á mis lectores tal como lo oí, salvas algunas diferencias en el estilo de la narracion.

II.

„Era no sé cual año del Señor; pero sí sé que empezaba á amanecer la primavera, y las mozas comenzaban á arreglar sus corpiños colorados y á aderezar sus sombrerillos para las futuras romerías, que fué una gracia de Dios el ver lo lucidas que estuvieron aquel año. Dice el tal libro, que por cierto que le escribió un lego del convento de San Francisco de Laredo en las horas que tuvo desocupadas durante los diez y ocho años que estuvo aprendiendo el latin; pues, como iba diciendo, reza el tal libro que muerto el rey, que estaba endemoniado, hechizado ó qué se yo, vinieron los franceses á pelearse con los tudescos, que son de una tierra que está pasando la mar, sobre si ellos ó estos habian de mandarnos; porque parece manía en los franceses el querernos dominar. Ello es que llegados los franceses, hubo sendas batallas en el reino, y mucho tuvimos que sentir de resultas del hechizamiento del difunto rey; porque todos los mozos de los pueblos fueron á la guerra, y Dios sabe los que allá quedaron. Exceptuáronse los de la vecina villa, porque matriculados entre

las tropas de las galeras del rey, solo en mar habian de prestarle servicio; pero en tierra armaron graves alborotos por diferencia de pareceres, y hubo cuchilladas y rasguños en mas de una reunion, comenzando siempre el pleito por las lenguas, que como dijo dias atrás en el sermón el vicario de monjas, son las campanitas con que el enemigo malo llama á junta concejal á las pasiones de los hombres.

„Habia en la villa dos jóvenes, gallardos como dos nogales; pero opuestos en opiniones y conducta como realistas y constitucionales, como el fiel de fechos y el señor escribano, mi compadre: ambos en sus escursiones habian, ayudados de sus parciales, devastado las tierras que fuera de la villa poseia su contrario, y arruinándose mutuamente; porque en esas contiendas el diablo es el que gana; pero lo que mas estrañeza causa, observa justamente el autor del libro, es que siendo tan opuestos los dos mozos en todo y por todo, estuviesen solamente de acuerdo en el amor que profesaban á una niña tan bonita como bien criada para aquel entonces, que se llamaba Angela, y era hija del corregidor Don Roque de Salazar, gran partidario del gabacho, y amigo por ende de Pedro de Almansa, enamorado de la moza, que lo estaba muy perdidamente del carácter dulce y sencillo de Alfonso Castillejo.

„Pobre mozo! habia visto desaparecer toda su fortuna, incendiada por los paniaguados de Almansa; su padre habia muerto á manos de este, en la misma refriega en que él quedó cautivo, siendo sentenciado á servir por seis años en las primeras galeras reales que en demanda de tripulacion, arribasen al puerto. No tardaron estas, que la mala fortuna presto asoma; pero el pobre Alfonso tuvo antes de partir el consuelo de hablar con Angela una noche.

—“Se ha cumplido, le dijo, la prediccion de la bruja Teodora. Cuando me acerqué á ella y me tomó la mano para examinar sus líneas, me temblaba el corazón dentro del pecho; porque temia que me hablara de tí, Angela mia; porque temia en la revelacion de un porvenir fatal, ver irremediable la desventura de perderte. Me anunció la pobreza que he sabido sobrellevar, la prision que he podido sufrir y la sentencia insoportable que me separa de tí, bien mio; pero me dijo tambien con un tono profético que un breve placer suele ser á veces el principio de un largo infortunio. ¿Y cuál puedo sentir mas que el de perderte? Todo lo he perdido ya, mi familia, mis bienes, y hasta mi carácter apacible y sencillo; siento nacer en mi corazón las malas pasiones, y una insaciable sed de venganza va secando mi alma y mi garganta. Un lazo nada mas une mi pasado con mi porvenir, ese eres tú: una vez roto, daré suelta á mis ímpetus, y ay! del que caiga bajo de mi daga.... ay! del que mi brazo pueda precipitar al abismo. Uno de mis perseguidores será nada mas sagrado para mí, tu padre.

—“Gracias, gracias, Alfonso: parte á surcar

los mares procelosos del infortunio, yo te esperaré en la orilla de la constancia, amante y fiel, aunque el infierno se conjure en contra de nosotros.... muerta ó viva, pero siempre tuya, en el sepulcro ó en el tálamo! ¿Mas qué ruidos! ¿No oyes?

—“Es la bruja Teodora, que me ha conducido hasta tí.

—“¡La bruja, tengo un miedo!... acércate á mí, solo en tus brazos estaré tranquila.... ¡Qué oscuridad! Dios mio, me quema tu aliento, Alfonso!

—“Angela! apártate, huye de aquí; ten piedad.... piedad de tí misma.

—“Me abraso.... me muero... Alfonso!... misericordia.!”

Faltaban aquí dos hojas del singular libro, que el cura párroco habia arrancado de él para entregárselo al nieto de la tia Ursula.

Esta, con difuso estilo, de que quiero dispensar á mis lectores carisimos, continuó contando como Castillejo se hizo á la mar á la siguiente mañana, y como Angela desde aquel dia vivió enfermiza y desconsolada, pretendida siempre del hidalgo Almansa, hombre de ojos torvos y ceño judaico, que prometia andando el tiempo, acabar en un cadalso ó fungir brillantemente en los destinos de aquella revolucion; porque para los grandes pícaros no existe el bienaventurado *justo-medio*.

Sigamos empero nuestra peregrina relacion, que tengo para mí que ha de ser muy soporifera segun el sueño que al escribirla se apodera de mis párpados; y á fuer de fino servidor de mis leyentes, y sobre todo, de los que pertenezcan al sexo de mi heroina, porque es mi fuerte, con perdon del idioma, el ser rendido con las damas, laconizaré, como dije, el estilo de la oradora, de cuyo cuento solamente he podido conservar en la memoria los fragmentos siguientes. Empero felizmente este es el siglo de los fragmentos, y no incurriré en el enojo de los literatos de pelucon, por seguir el espíritu de la época.

III.

—Abre, vieja maldita; que no soy alguacil de santo oficio, ni vengo á llevarte á la hoguera que mereces.

—Válgate por hidalgo, y que mal humor gasta; á fe que el diablo, mi señor, es mas comedido aun en los conciliábulos que con él tenemos las hermanas al rededor del espino de Carneula.

—¡Asquerosa harpia! sabe que en ese conciliábulo con que embaucas á los imbéciles, le hiciera la razon á tu señor el demonio con el puño de mi mano ó la punta de mi pié; pero no vengo á tratar de esas brujerías sino....

—Entiendo; dadme vuestra mano derecha.

—¡Ira de Dios! ¿quieres que con ella te haga añicos la cabeza? Despues de venir al travieso de esos espesos y lóbregos bosques, despues de pasar despeñaderos endiablados, me sales á pedirme la mano, como si fuera yo un clérigo ignorante ó un alemán supersticioso. ¡Vote Cristo! si tienes el don de adivinar, dí cual es el asunto que á tí me trae; y si no guárdate bien de esos misterios; porque haré que te desgarraré tus carnes de hechicera los dientes de mis perros de caza.

La vieja Teodora se inmutó; pero volviendo en sí de su estupor repentino, que no se escapó á la penetracion del hidalgo. empezó á dar vueltas al rededor de él, describiendo cada vez un círculo mas estenso, y murmurando siempre un conjuro en términos ininteligibles; despues sacó un relicario del seno, abrióle, esparció por el suelo un polvo amarillento, comenzó á temblar convulsivamente, y lanzó un penetrante alarido que repitieron con asombro los ecos mas lejanos de los montes.

—¡Y bien! le preguntó Almansa, que con los brazos cruzados habia presenciado con serena indiferencia la ridicula ceremonia.

—Vivo sois de genio, señor Pirata.

—Como! sabes tú, bruja infame?

—No os desazoneis, D. Pedro de Almansa; allá.... mirad.... en la ensenada, aquella galera negra que está al ancla, sin velas ni banderola, es la vuestra; vuestro teniente os reemplaza perfectamente mientras con tanta frecuencia os paseais en la villa al lado del buen D. Roque de Salazar, que ignora que haceis vuestra brujerías por la costa, como yo pirateo por las tierras de los tontos, segun vuestro parecer.

—Calla, ó este es el último instante de tu vida.

—No lo temais, porque aun no he satisfecho vuestra curiosidad.

Hazlo pronto, si quieres vivir.

—Impaciente como buen enamorado, ¡oh! y lo que es la niña merece todo vuestro cariño! ¡qué hermosa es! harto se conoce que no la vió en la infancia ninguna de mis hermanas. ¡Qué sangre tan pura para el alimento de una de ellas! Seguid, señor caballero, que juroos no habeis de hallar mas bella dama en tierras de Castilla, aunque ahora esté algo palidita y enfermiza. Pero es lástima que os haya ganado por la mano el marino Alfonso de quien lleva Angela.....

—¡Impostora! gritó con voz de trueno el Pirata.

—Nada mas cierto, contestó con calma la bruja: la vispera de la partida de Alfonso, veniais de recomendar al capitán de la galera *La Flamenca* que oprimiera con crueles tratamientos á vuestro rival; mientras pasabais por la calle, él la estrechaba en sus brazos, y entonces una voz medio enronquecida cantó en la ventana una copla....

—Que empezaba.

Nunca el mucho vino alcanza

A apagar la ardiente sed.....

—Y concluía, continuó cantando la bruja con un estilo irónico,

Quien busca solo venganza,

Perece en su propia sed.

—Maldita mil veces, rugió el hidalgo arrojándola al suelo: un velo de sangre ofuscó su vista, y pálido, desencajado el rostro, trémulos todos sus miembros, corrió por aquellos despeñaderos y precipicios como ligero gamo, entró en la villa ya al anochecer, y se dirigió á la casa de Angela.

Aquella noche se oyeron en la ensenada los gritos sofocados de una muger á quien sujetaban algunos hombres; poco despues el áspero ruido de áncoras levadas, y á la mañana siguiente, habia desaparecido de la ensenada la Galera negra.

No se volvió á saber nada en muchos años, ni de Angela ni del Pirata: algunos creian que un buque que en ciertos dias blanqueaba al anochecer en el horizonte, era el de Pedro Almansa, á quien se habia llevado el diablo, decia la bruja, en aquella misma galera, ahora tripulada por los demonios, que se acercaba á la costa de tiempo en tiempo, para ver de recoger á su bordo las almas de la infeliz Angela y de su hijo, ahogado al nacer por ella misma, y que vagaban en pena, esperando la vuelta de Alfonso Castillejo.

Este habia sufrido con heroica resignacion, cuantos reveses descargó sobre él la grosera autoridad del capitán de la *Flamenca*; y al cabo de algun tiempo de servicio en la real marina, diósele el mando de un buque pequeño de guerra con algunos cañones y hasta catorce marineros, que asi respetaban los conocimientos del jóven oficial, como amaban su carácter dulce y resignado y sus modales corteses.

Sensible les fué por cierto la revolucion que operó en el carácter de su comandante, la noticia del trágico suceso de Angela, llegado á oidos de Alfonso á poco de arribado á su patria, de la cual se hizo al mar la misma noche con todo silencio, y sin aguardar las superiores órdenes que debía obedecer.

Y aqui el cuento de la vieja, á guisa de drama romántico dividido en actos, cuadros y escenas, deja el vacío de un año entre uno y otro acontecimiento; lo que no estrañarán los que me lean, poco cuidadosos de la unidad clásica, y tan deseosos de saber el fin de la historia, como yo de concluirla, para reposarme á la sombra de los laureles que á no dudar colocará sobre mi cabeza, andando el tiempo, el génio de la historia. *Sublimi feriam sidera vértice.*

IV.

¿No habeis visto el mar? Imposible es que podais concebir una remota idea de lo infinito; imposible tambien que llegueis á comprender, sin admirar el poderío de ese elemento formidable, el mas pequeño remedo de la omnipotencia de Criador, que desencadena sobre él los tempestuosos huracanes para conmovérle hasta en su fondo de arena ó de roca, y los hace huir rápidos ante las brisas lánguidas, cuando quiere que refleje en apacible calma el sol del claro dia ó las trémulas estrellas de la noche oscura.

Sentado sobre el castillete de popa de un buquecillo pequeño, apoyando sobre la mano una frente arrugada aunque juvenil, fijos los ojos sombríos en el movible llano de las ondas, descompuestos el cabello largo y el retorcido mostacho, meditaba Alfonso Castillejo profundamente sobre su tremenda desventura; anhelaba un poder igual al del elemento que surcaba en pos de una venganza; y el huracán que agitaba su espíritu, parecia cierto presagio de la tormenta que se preparaba á revolver el oscuro espacio de aquella tarde de invierno.

En efecto, soplabla el viento con furia, y crujian con melancólico rumor los cables azotados: las nubes, mas negras á medida que desaparecia de occidente la claridad que en pos de sí deja el sol al esconderse, vagaban desatentadas por el cielo, que poco á poco encapotaban, y chocándose producian un sordo y

prolongado trueno, que seguía de cerca al pálido fulgor de amarillento relámpago, cuya imagen pasaba rápida en las oscuras y espumosas olas.

—Vela por popa! gritó el grumete desde la punta del palo mas elevado del buque. Esta voz conmovió al capitán, que con la velocidad de un tigre se avalanzó á la escala, y subió á comprobar por sí mismo la verdad del grito del grumete.

—Es la Galera negra, dijo Alfonso, en cuyos ojos brillaba una alegría satánica; Piloto Ruiz, dispóned el zafaranchó inmediatamente. Una actividad silenciosa y enérgica sucedió á la anterior tranquilidad. A poco oyóse la voz de *Vira de bordo!*; el vélamen azotado por la tempestad crugió al cambiarse, y la barca, tendida sobre el costado, ciñendo al viento continuo que la hería, cortaba con proa resonante las aguas tormentosas, haciendo rumbo ácia la Galera que se acercaba magestuosa y amenazadora.

Bramó la artillería de uno de sus costados vomitando sobre la barca mil muertes; pero esta, virando de bordo con la ligereza de un corzo, presentaba verticalmente á su enemigo ya uno ya otro lado, y hacia con sus escasos cañones un incesante fuego, que fatigaba á la galera y destruía por lo certero de los tiros, sus jarcias y vélamen. El humo era tan denso, el fuego tan continuo, que á pesar de la brayura del viento, los dos combatientes se batían en una atmósfera abrasada, y circundados de una nube que les ocultaba á la vista de los que en la costa atendían con ansia el término de aquella horrible lid entre dos buques desconocidos. En una de las maniobras de la barca, pasó tan próxima á la Galera, que de esta le arrojaron un combustible violento cuyos progresos gigantescos aterraron á la tripulación; pero Alfonso, viendo la imprescindible necesidad de abandonar su buque, ya incendiado, ó de perecer entre las llamas, coge el viento á su contrario; se acerca á él, se amarra á su costado izquierdo con el auxilio de garfios y otros instrumentos; descarga toda la artillería de su costado derecho, despedazando así el de su contrario; lanza el tremendo grito de: *al abordage!* y seguido de los marineros que le quedaban, se precipita sobre la cubierta de la Galera negra.

Apenas se había separado de ella la barca incendiada, cuando estalla esta con hórrido fragor y desaparece entre un volcán de llamas, que embarga por un momento el valor de los combatientes. Empero el incendio ha cundido también en la Galera, sobre cuyo bordo se ocupaba cada uno solamente en defenderse ú oprimir á su contrario: la sangre manchaba la cubierta que la llama dejaba libre; el pié del que combatía resbalaba sobre el cráneo ensangrentado del moribundo; casi todos los que vivían, se habían precipitado al mar para salvarse del incendio; y solamente dos hombres, con los puñales en los cintos, y las cuchillas en las manos, se buscaban con rabia desesperada sobre aquel puente abrasado, que se hundía bajo sus piés. Allá junto á la popa se encontraron por fin; pero uno de ellos retrocedió aterrado ante su competidor, y de un salto se lanzó al mar, gritando: *Alfonso!*

Pedro! prorrumpió el otro, arrojándose en pos de él.

En aquella mar donde fluctuaban en confusión tablones, cables y miembros mutilados, buscaban en vano por la oscuridad los ojos relucientes de Alfonso, á su aborrecido rival; ve á un hombre que nada, le sigue con la velocidad de un pez, va á asirle, cuando estalla horrisona la incendiada Galera, y á su luz mortecina reconoce á uno de sus mismos marineros. . . . pronunció entónces una horrorosa blasfemia, clavó sus dientes en su mano, y de aquellos y de esta brotó un poco de sangre.

Héle allí. . . le reconoce, se precipita á él con la ligereza de un rayo, y el uno detras del otro nadan durante mas de media hora, hácia la costa, por una mar mas irritada y rugidora: una ola los acerca, otra los separa; vuélvense á encontrar. Alfonso hace un esfuerzo para asir al pirata, y cuando cree conseguirlo, un golpe de mar los aleja. Pedro lanzó un grito de esperanza, su rival un rugido de despecho. Por largo tiempo estuvieron próximos, pero sin verse mutuamente. Castillejo como el tigre en acecho, no respira para escuchar mejor; su contrario hace un movimiento que le vendió: lánzase á él Alfonso, tócale por fin, le oprime entre sus robustos brazos, y el golpe formidable de una montaña de agua, los arroja desmayados sobre la arena de la costa.

Era esta una ensenada chica que forman inmediata al pueblo de L. . . . por el Este un precipicio profundo, al pié del cual el agua toma un color negruzco, ya sea por efecto de las rocas negras que hacen su fondo, ya por la altura prodigiosa desde donde se mira; y por el Oeste un derrumbamiento de tierra, y un declive de piedra blanquecina y azulada, en el que años despues se ha esplotado una mina de yeso; pero que impracticable en aquel tiempo, impedía todo acceso á la ensenada, donde en misérrima choza se albergaban sustentándose de mariscos, una muger y un niño.

Apénas volvió en sí el Pirata, quiso inútilmente desprenderse de los brazos de su enemigo: alzóse este con rabia convulsiva, y sacudiéndole con violencia le arrojó á dos varas de sí, y quedaron el uno en frente del otro sin proferir una sola palabra, echaron ambos manos á los puñales del cinto, y se embistieron en medio de la oscuridad de aquella noche tempestuosa, como dos tigres que se disputan una presa. Poco duró el combate; un ay! lanzó moribundo el Pirata, y se desplomó exhalando el postrer suspiro: Alfonso, arrojando sangre de una profunda herida, se dirigió en demanda de socorro á la vecina choza, en donde espiró en los brazos de una muger demente y con horror de un niño que huyó espantado á esconderse en una roca. Eran Angela y su hijo; ni ella ni él conocieron al moribundo Alfonso.

V.

Aquí concluyó la vieja su narracion: la lumbre del hogar se había ido apagando lentamente; los vecinos se retiraron contristados con la horrorosa leyenda, y con ella deliró toda la noche entera sin poder conciliar el sueño, hasta que el alba tardía empezó á iluminar debilmente los vidrios opacos de la ventana de mi cuarto.—C. COLLADO.